

Alfaro: Rey Mago

Jorge Suárez

Me lo imagino a Oscar Alfaro, retornando a Tarija sobre un borriquillo de mansa seda. Así debe ser su regreso al país natal, de donde un día salió a recorrer la tierra como un mago, llenas las alforjas de relampagueantes luces, cornetines agudas que llamaban a los pájaros y panderetas. Ahora que es vacaciones, debe detenerse ante el umbral fresco de las escuelas y dejar allí un par de cuentos suyos. No vaya a ser que venga un niño sin regalo. Un niño de eso que no haya alcanzado a percibir su juguete -muñeca rota y recosida- del providencial reparto de los Leones.

Me lo imagino así a Oscar, precisamente en estos días de diciembre. Hace fresco y el viento riza el vivo follaje de los molles. En cada casa hay un pesebre. Un pesebre de oro y antiguo y plata fabricada por el corazón sencillo de las gentes sin oro y plata. Viajan también de retorno a sus legendarios países Melchor, Gaspar y Baltazar. Cada uno debe desandar la ruta al término de la jornada ¿Qué traes?. Nada. Todo lo mío es ahora siembra. Simplemente regreso.

Oscar Alfaro ha regresado definitivamente al país de la inocencia eterna; la muerte. Murió de donde vivió más: del corazón. A su paso resuena un coro formidable: eso lo sabemos nosotros. En cada casa, en cada aldea, hay un niño que guarda -en el secreto rincón de sus dioses más secretos un verso suyo, un cuento. Pasará el tiempo: vastos ídolos se derrumbarán hasta el más profundo olvido, ciertos relieves se apagaran en el polvo, pero un poeta como él sólo podrá convertirse en cegadora piedra, en realidad constante y perdurable. Este será su retorno, o este es ya su retorno.